



# **MUERTA CIUDAD VIVA**

*Claudio Ferrufino-Coqueugniot*

## Venta de niños

Pertenecer a una oficina gubernamental trae beneficios. Ni juventud ni pobreza van acordes con moralidad.

Resueltos los problemas laborales, a fuerza de puños y astucia, los jóvenes dejan que la noche perezca entre risas y franquezas. El director se marcha tambaleante, algo desfigurado el rostro. Cada uno de esos golpes latirán como corazones. Creerá en el fin de los días, agónico, porque los cárdenos hematomas tomarán una semana en sanar. Pasará por la oficina de su subalterno, Nano, todo sonrisa y anécdotas de chupa, sabiendo que en su gentileza se acomoda la amenaza: «o te avienes a trabajar conmigo o te lanzo a los lobos». Se palpa el parietal el individuo, marcados tres promontorios de manopla perfectamente separados. Solloza frente al espejo. Su oficina de protección al menor, dicen, se especializa en la venta de niños, en un negocio que incluso, a pesar de su sombrío nombre, se decora con baile y parrillada. Castigo, castigo de Dios.

Quedamos citados a puertas de DIRME, o entramos a visitar a más de un conocido entre sillas desvencijadas y paredes sin cáscara. Poco dinero se destina desde arriba para proteger a los débiles. Y gran retórica al respecto de hacerlo. Basta escuchar la radio. Pobreza franciscana. Apenas una o dos máquinas de escribir; papel ausente. Los trajes que visten los dependientes, con títulos que van de trabajo social a derecho penal, no condicen con diplomas. No hay harapos, para qué mentir, pero largueza para sus gastos esta gente no tiene. Como en todo, se la rebuscan, es obvio.

Hasta en la miseria se puede encontrar oro. La desgracia humana de divorcios y abandonos, existencia de huérfanos y viudas, de parientes ávidos y de simples comerciantes, malea lo que debiese ser labor altruista, la de concebir un mundo mejor para el menor y posibilitarlo legalmente.

¿Pero en eso piensa un joven con ansias de tomar? Rebosante de fortaleza y cachondera, poco piensa.

Nos vamos de fiesta con los defensores de la infancia. Pan de cada día, de fin de semana en que convocan los amigos a divertirse: comer, beber, fornicar quizá, gratis e impune. La familia del niño tal quiere quedarse con la custodia. Dicen que la madre que lo dejó huérfano les encargó cuidarlo si ella faltaba. Los otros alegan que si bien el padre desapareció, emigró a España luego de embarazar a la mujer, el chico carga sus genes, dice que de ninguna manera han de permitir que caiga en manos de quienes jamás han de quererlo y mirarlo como ellos. «Y si no, que la Virgen y el Santo Padre nos castiguen, doctor». Mientras tanto, un pequeño reconocimiento por su ayuda y humanitarismo, y queremos que el sábado asista a un agasajo en su honor. La parte opositora, con la misma retórica rimbombante, regala, con todo respeto, al leguleyo unos pesos, y lo invita a comer, con banda, para dirimir de una vez el retorno del pariente a casa. Nano saca la libreta y revisa compromisos. El sábado no puede: lo ha invitado la parte contraria. Domingo, entonces. Y he de traer amigos conmigo, que podrían fungir de testigos.

La suerte sonrío. Estrenamos ropas nuevas para alegría de nuestros progenitores. Vestirse bien desdice la sospecha de que se camina senda peligrosa.

Llega el sábado en inmediaciones del cerro. Gente que no dispone de mucho pero que se esfuerza por triunfar en algo que cree justo o le conviene. De pronto somos el doctor tal y el doctor cual, gente poderosa en la situación, y determinante para el fin satisfactorio del conflicto.

La vida como entarimado, como teatro donde han de dilucidarse problemas acuciosos sin consultar al o a los directos implicados. Casi un juego de cacho, donde de acuerdo

al volteo de los dados, un infante alcanzará o la felicidad o la desgracia, en términos muy subjetivos, desalmados. Conjeturas y luego arrepentimientos vienen a posteriori, si vienen. Después de la trasegada de alcohol, comida y aprovecharse de alguna familiar que ofrece coño a cambio de ventaja, ni pensaremos en qué destino aguarda a los que todavía duermen en los camastros de la regional del menor, el orfanato.

Este papel de abogado no está nada mal. Benevolentes con los exabruptos y el abuso de bebida, el anfitrión apuesta a algo que se ha perdido de entrada. No porque el contrario vaya a ganar, sino porque la ventaja está en mantener el asunto por el mayor tiempo posible. A más, se destapan botellas y se frien chanchos con mayor asiduidad. El niño no ha de morir, no hay que preocuparse. En la institución le dan garrote reformante y devora la masa informe y pestilente de la avena descompuesta que donan los panificadores. Hambre no tiene. Y si la tiene gula es.

«¿Le gusta la vista, doctor?». «Mucho». En el horizonte Cochabamba empieza a encenderse. Las siete de la noche, cuando el crepúsculo yace sepultado, guardan un encanto especial. «¿Cree usted que nos darán a mi sobrino?». «No me caben dudas. ¿Y cómo se llama usted que trae sostenes rojos?». «Marielita, doctor, para servirle». Contemplo los molles difusos de la hora. La mujer se ha agachado y cumple infame labor. Luces amarillas, blancas, rosas de la ciudad. Repaso la geografía en los vehículos que avanzan. Va por la plaza Colón, toma la 25 de mayo. Para entonces Marielita se ha volcado y oferta nalgas jugosas que tomo con aburrimiento. Incluso le apoyo en la espalda una lata de Taquiña para sacar mi pañuelo: mujer-taburete. «Ay qué frío» grita. La noche no la acompaña. Luciérnagas y grillos. Esto no es amor, carajo. Sexo como estropajo.

Se pega a mí, mimosa. «Tal vez podemos vernos otra vez». «Soy el hombre invisible, muchacha, ni hoy me has visto».

Le pido que entremos separados, pero sé de los guifios que se intercambian los afectados. Y me doy a beber, a bailar. *Ay, Sandunga*, canta Nano, acompañado del Mariachi Piedra. *México lindo y querido, si muero lejos de ti...*

La noche está estrellada y titilan los astros a lo lejos. Por el cielo atraviesa un ovni, cargado de seres cabezones que marchan de conquista. Bajarán en el desierto de Sonora, o en Nuevo México y los harán volar con bomba atómica. Son varias las estelas de luz que cruzan el firmamento. Esta vez la invasión viene en serio. Orson Welles no se equivocaba. Me da tristeza saber que hemos terminado como raza, como especie.

«Hubiese querido tener hijos» me digo sin misericordia, y ya no podré ¿para qué? Para que los esclavicen los marcianos. No vale la pena. Veo a Marielita parada en la entrada, mirando arrobada mi pinta de abogado. Cada cual debe jugarse como puede para acomodarse en la vida, y me dio la impresión que ella no solo apostaba por la devolución de su sobrino, como lo llamó, también para ver si ejercitando alaridos de pasión despertaba el interés de alguien que la podría sacar de este cerro pelado, con dos o tres molles rugosos, donde ya a las siete se para el servicio de micro y se tiene que subir o bajar a pie, cruzándose con la vecindad que acarrea agua en baldes para eliminar los excrementos que la fiesta dejará de regalo.

Cochabamba brilla entera. Estar aquí, en la falda de la cordillera, ha perdido su belleza. Soledad de orfelinato.

Al sobrino lo entregaron en las oficinas meses atrás. No se sabe quién porque no hay firmas. Padre ido, madre muerta. El informe reza que traía chompita roja, *jeans* muy usados, zapatos de charol. Y mochila marrón imitación de cuero, con un sándwich de huevo que había chorreado. Escucho a los encargados reír que cómo por cosita tan insignificante como este chico van a pelear las personas.

Hora de irnos. Pero no olvidar que mañana hay otra fiesta.

Hemos actuado de doctores pero ahora no hay cómo ni quién nos baje a la ciudad. El gallo alharaquea por ahí, confundiendo el tinte del cielo. La barriada entretenida en un empedrado donde improvisaron una canasta de básquetbol. Lo mejor, que la farra no costó un peso. Y nos contamos la aventura personal de coito multitudinario a la intemperie. Mierda que el chico tenía tías y estas mestizas no dan más de arrechas; a la primera, sin intentar siquiera conexión visual, andaban mamándotela.

Reímos, pero vahos de nostalgia salen de la miseria de estas calles de barro. La audacia de vivir aquí. No, falso, la urgencia de vivir aquí o en ningún lado. Retorno. Ya vamos cien metros por debajo de la casa; el molle que me apoyaba se inclina casi al borde de la quebrada. Mariela dijo que en época de lluvia bajaba mazamorra caliente, de improvisó. Reventaba un cerro arriba, donde no alcanza la vista y tiraba por su garganta millones de rocas y lodo imparables. Sorprendía a los incautos que usaban los arbustos del cañadón para sus necesidades, a parejas escondidas tendiendo una manta sobre la tierra suelta.

El domingo llega con pesadez. Y tufo. El estómago denuncia lo que los dientes lavados con dentífrico desean esconder. De nuevo el ritual de peinarse, con los espejos de los costados ubicados para tridimensión. La reunión es a las dos. Tomaremos el colectivo tres que nos dejará en el cruce. Otra barriada sin recursos. Otra familia que nadie sabe con qué intenciones insiste en tener al niño en casa. En Cochabamba narran historias de horror, donde la prisión del internado de huérfanos guarda visos de paraíso. Niñas a las que hacen putas, luego de violarlas y usarlas de sirvientas. Hombrecitos a los que les ponen azada en mano y los ponen a trabajar de sol a sol, sin agua ni comida. Pero en tiempo de tribunales todos juegan al vecino bueno, al pariente amante, al sentimiento, la compasión.

Claro que estas suposiciones no nos interesan. Rara vez accedemos a la cerveza, lujo para nosotros, y si se da el caso aprovecharemos al máximo. En el éxtasis del trago no

se oye nada, hasta meter la verga casualmente nos evita un maniqueísmo innecesario.

«¿Y cómo te llamas?». «Manuelita, doctor. ¿Usted cree...?». «Estoy seguro». El placer sensorial me lo produce el atardecer, no la muchacha que se esfuerza en convencerme de algo que está fuera de mi alcance. Ni estaré en tribunales ni me verá otra vez, nunca. A los otros, a los que sí ostentan una posición tampoco les afectará. En los pasadizos de la Dirección el destino de las personas es frágil. Funcionan como caja registradora y sus ingresos tienen que multiplicarse para exceder los egresos. Caiga quien caiga. Para eso hay que jugar a omnipotente, para conseguir servicios caso contrario inalcanzables.

La zona no se ha liberado de su estigma rural. En los charcos nadan patos con los picos llenos de fango. Los sapos empiezan a croar en refugios de baba blanca con puntitos negros: sus huevos. Las hojas afiladas de los eucaliptos dan la sensación de árboles con cientos de puñales colgantes. Adentro está animado. El doctor Nano conversa con altanera sabiduría con un grupo de profesantes. Nadie baja el tocadiscos que suena a todo volumen y cuya música se pierde en las estribaciones pedregosas que llevan a una famosa cervecería.

De aquí será mejor retornar al centro. Del centro al sur, aunque todavía se conservan tugurios a cuadra y media de la plaza principal, frente al matadero, y detrás de los bufetes de la mirada de abogadillos que maltratan el país. Clientes diversos. El cargador del mercado con una jarra pequeña de chicha y los ojos vidriados. El licenciado entre licenciados, con cerveza y botellas de San Pedro, caído por el alcohol en el segmento de clase que quiere olvidar y de donde proviene la mayoría. «Yo no soy chusma —repite— soy doctor universitario», pero se le vidria la mirada igual que a la del paisano en ojotas y pantalones cortos, con lazo en bandolera para que lo cargue la muerte esta noche de helada como un bulto cualquiera.

«¿Cómo te fue?». Siempre nos va bien en la venta de niños ¿no creen? Detrás del *zipper* se aviva el recuerdo y crece. Es tiempo de meterse adentro un trago largo, largo, largo, tan largo como los pájaros que habrán penetrado a Antuca Rivera en su existencia de puta y que salen cuando echas alpiste fuera de la coña. Así de largo.

limbo ✖ errante

[www.limboerrante.com](http://www.limboerrante.com)



limbo